

personajes afirman que de cualquier manera que todo haya sido o sea o haya de ser será el espíritu el que lo ponga en orden. De los que departen ahí el más viejo es Pitágoras de Samos, que escribe en los minutos de silencio su teoría sobre el acorde sacro de la tríada y la eneada. A los pueblos de la Italia dórica: Como Siracusa, Agrigento o Síbaris—la magna Grecia—, enseñala de viva voz la virtud de los números órficos que resuenan áureamente en la noche. Si Pitágoras es el más viejo, el duque niño de Mantua, que acompaña al de Urbino Francesco María della Rovere, protector de Rafael, es el más joven; pero lleva ya en su ser indeleblemente la cifra mágica a que se ajusta el secreto de la creación y que el hijo de Pitágoras graba en su tableta de inscripciones griegas debajo de las correspondencias entre los tonos de octava, cuarta y quinta. En el grupo de los personajes que rodean en el cuadro a Platón y a Aristóteles, a Sócrates y a Pitágoras, el divino acorde suena. Lo mide con ese su compás abierto sobre una figura isogónica ese Arquímedes al que Rafael presta la fisonomía de su maestro Bramante y lo oye a la sordina en el globo que llevan en la mano ese viajador con manto de rey que no es otro que Ptolomeo y ese mago con abejas en la barba que debe ser Zoroastro, a quien se llamó Zaratustra y de quien se nos dijo cómo hablaba. Proporción divina siempre. Pero ¿y el hombre, y la caída, y el mal y la lucha desde el principio hasta el fin de los fines entre la Naturaleza y la gracia? ¡Ah! Miguel Angel pinta ahí mismo la Creación del Hombre y el Juicio Universal. Hay todavía en la pintura nostalgia de la materia por la forma o de la potencia por el acto. Hay forcejeo de titanes que desbordan de sí desmesuradamente entre cielo y tierra. La Naturaleza y la gracia contienden y el cielo y la tierra se disputan si primero el caos, después la eternidad, que escapa al número de oro de la belleza. ¿Pero el mismo Juicio en cuanto a postrimería escapa? No, porque la justicia es concorde en peso, número y medida, y Miguel Angel, a despecho de su impulso titánico, lo tiene en cuenta. El lo confiesa cuando recuerda un diálogo de amor con Vittoria Colonna en el jardín de la iglesia de San Silvestre:

«Onde dall'arte é vinta la natura.»

Y en el mismo dos veces, y aun tres, memorable soneto:

«l'iso, che' l'pruvo in le bella scultura,  
ch' all'opra il tempo e morte non tien fede.»

Sabe y readvierte el artista que en la obra bella ni el tiempo ni la muerte actúan. Y ahí «La Escuela de Atenas», de Rafael, y «La Creación» y el «Juicio Final», de Miguel Angel, nos dejan una lección y la misma. Bien haya esa pintura de conceptos que si en Roma fueron piedras de edificación para las fortificaciones de la Patria, en el mundo son piedras bien ajustadas para las ciudadelas del santo espíritu.